

## CARLOS MARTÍNEZ RIVAS: LA INSURRECCIÓN COMO ARS POETICA

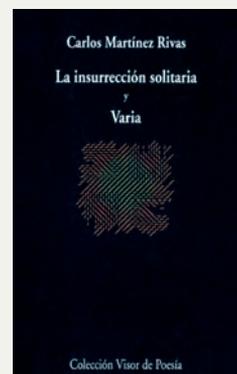
Moisés Elías Fuentes

El 16 de junio de 1998 falleció, en Managua, Carlos Martínez Rivas, agobiado por el alcoholismo y otros padecimientos que socavaron su salud física, aunque no su curiosidad intelectual. Si bien escribía poco, mantuvo, en cambio, un diálogo constante con la literatura, en especial con la poesía. Su ejercicio poético inició cuando era adolescente, poco después de que regresara con su familia a Nicaragua, pues debido al trabajo paterno, Carlos nació en Guatemala el 12 de octubre de 1924 y vivió en ese país sus primeros años.

Dicho retorno prefiguró una vida marcada por diversas etapas de exilio hasta que el poeta se asentó definitivamente en Nicaragua en 1976 y se incorporó al proceso cultural surgido del triunfo de la Revolución Sandinista en 1979. Vivía en Altamira D'Este, casa 8, Managua, domicilio donde fechó varios de sus poemas, acaso como reafirmación de su pertenencia al país centroamericano y de que ahí se hizo escritor, apoyado por los vanguardistas Pablo Antonio Cuadra, José Coronel Urtecho, Joaquín Pasos y Alberto Ordóñez Argüello, y por el sacerdote jesuita y escritor español Ángel Martínez Baigorri, y hermanado con Ernesto Mejía Sánchez y Ernesto Cardenal, con quienes integró la Generación nicaragüense del 40.

Tal como lo hicieran Mejía Sánchez y Cardenal, Martínez Rivas vivió en la Ciudad de México, donde publicó *La insurrección solitaria* bajo el sello de la Editorial Guaranía (1953). Este volumen representó por años su única colección de poesía, hasta la aparición de *Infierno de cielo*.<sup>1</sup> Reunió otros poemas bajo el título de *Varia*.<sup>2</sup> Su obra fue sucinta y apareció parcialmente en revistas y suplementos culturales. Martínez Rivas estableció su visión del oficio en la estrofa final de "Ars poética": "Donde quiero destierro y silencio/ no traspases la linde. Allí el buitro/ blanco del Juicio anida y sólo el/ ceño de la vida privada ¡canta!".

En medio del ascenso del individualismo feroz, autocomplaciente y consumista que caracterizó al siglo XX (y que se ha extendido al XXI),



Visor Libros,  
Madrid, 2006

<sup>1</sup> Este poemario mereció el Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío en 1984. Sin embargo, el poeta se negó a publicarlo en vida, por lo que se editó de manera póstuma en 1999.

<sup>2</sup> Dicha colección aparece en *La insurrección solitaria y Varia*, prologado por Juan Antonio de Villena y publicado en 1996 por Visor de Poesía, en Madrid. Los fragmentos de poemas citados en este texto se han tomado de esa edición.

Martínez Rivas presentaba la soledad y la introspección como formas de insurrección. Eleva su canto a la individualidad vital, que aspira al autoconocimiento, en oposición al individualismo capitalista, en el que cada cual desconoce a los demás e, incluso, a sí mismo. Esta postura estéril y repetitiva es rechazada por el poeta en "Memoria para el año viento inconstante":

Sé cómo amáis la Música.  
No la de los negros, por supuesto. Ni la guitarra  
a lo rasgado, por tientos, esa  
brisa seca de uñas y plata. Ni el endiablado  
son de la Múcura que está en el suelo, o Rosa de Castilla  
con su largo alarido al comienzo...

sino ¡BACH!

Martínez Rivas no contrasta a Bach con los músicos populares para fustigar al músico alemán, sino a quienes pretenden domesticar la cultura, reducirla a representaciones inconexas, dividirla en "alta" y "popular", alejándola de su humanidad, porque la cultura es la comunión



Carlos Martínez Rivas. Fotograma del documental *Azul*, de Roland Legiardi-Laura, 1988.

del ser humano con su entorno; según lo asienta "El pintor español":  
"—Yo pintaré un hombre con una linterna./ —Hazlo. Pero ¿qué le pondrás/ alrededor para que se vea?/ —Pues, noche —dijo, ya iracundo".

Avezado lector de Charles Baudelaire, Martínez Rivas abrevó del poeta francés para su concepción personal de lo sensual: la comunicación del ser con sus sentidos es la que lo lleva a la conciencia del erotismo íntimo, irreductible incluso al mandato divino, por lo que el nicaragüense ofrece un "Beso para la mujer de Lot", en el que ágiles versos encabalgados y sutiles antítesis delinean la obediencia acrítica de Lot y la rebeldía callada, pero firme, de su esposa: "Dime tú algo más./ ¿Quién fue ese amante que burló al bueno de Lot/ y quedó sepultado bajo el arco/ caído y la ceniza?".

Perspicaz, el insurrecto Martínez Rivas se subleva contra una moral inmóvil que se disfraza de otredad y de rebeldía, pero que esconde sólo vacuidad y retraimiento, que deforma la creatividad en artificio y la acción en voluntarismo. De ahí la imagen poética en estos versos de "Retrato de dama con joven donante":

Todo incomprendible (en apariencia) o idílico, pero inasistido,  
no azotado por el error, vivo dentro de un cero  
en la impotencia de lo sólo evidente.

El mundo plástico, supermodelado y vacío.  
Como un infierno ocioso,  
abandonado por los demonios,  
condenado a la paz.

En un mundo adicto a la inmediatez, Martínez Rivas descrea del testimonio mecanizado: "Escribir sobre el Hambre,/ no poesía de protesta sino de experiencia,/ es difícil si no se pasa Hambre." Así comienza "A quienes no perdieron nada porque nunca tuvieron", donde los hechos referidos, ajenos a la conmoción o la indiferencia de un posible espectador, se convierten en su propio alegato y su mejor testigo, por lo que el poeta sólo esboza el acontecimiento (en sí un poema terrible) casi sin efectos poéticos:

En Haití, durante el hambre  
de 1975, un niño como tallado  
en madera de tan escuálido;  
y aquella niña de Vietnam,

la que huye desnuda y quemada  
por la carretera de asfalto.

La obra de Martínez Rivas revisa y reformula la realidad y, por ende, se revisa y recrea a sí misma. Así, el nicaragüense consignó la intimidad como la base donde se gestan las insurrecciones del pensamiento y el espíritu, ya sean las del ser individual o las del ciudadano colectivo. Cuando leemos sus poemas, estamos ante la insurrección solitaria de uno de los mejores poetas del siglo XX hispanoamericano, que concibió y vivió a contrapelo de "El frío y la transfusión de sangre de los museos":

La impiedad del frío en París. Buhardillas  
con la estufa de hierro helada; en las que, en  
amaneceres fríos, despuntó el Arte Moderno.  
Inventado por parias que con dedos ateridos  
lo concibieron y forjaron **U**



Manuscrito autógrafo de Johann Sebastian Bach del *Preludio, fuga y allegro en mi bemol mayor* (BWV 998), ca. 1730 ©.